

PRÓLOGO

Yo

Te juro que no quería enviarle esa carta.

Sí, la revisé cincuenta y siete veces, pasé dieciocho días pensando en qué sobre comprar y pagué el franqueo prioritario, pero en realidad no tenía ninguna intención de echarla al buzón.

Se suponía que era un simple ejercicio de catarsis para sanar viejas heridas, pero, después de escribirles cartas a todas las personas a las que había hecho daño, reservé varias páginas para él.

Le escribí cuánto lo había echado de menos y le pregunté si a él también le pasaba. Le conté que siempre que me acuesto en la cama por la noche —independientemente del tío con el que comparto colchón— no puedo evitar recordar que con él lo pasaba mejor.

Mucho mejor.

Lo hicimos en las gradas del instituto después de los partidos. Follamos en el asiento trasero de un Mustang clásico. Me devoró en el despacho de su padre mientras preparaban la comida en la planta baja.

Redacté párrafos incoherentes sobre aquellas cosas que no quería olvidar y sobre otras que era preferible no mencionar. En la página siete mis lágrimas mancharon tanto el papel que en lugar de «*No soy valiente*» se leía «*Estoy caliente*».

Por otra parte, la página ocho no era más que un dibujo de borracha sobre el verano que pasamos a miles de kilómetros de distancia; imagino que probablemente lo interpretará bien.

Sin embargo, no me preocupa nada de eso. El problema está en la página once: en la línea dieciséis, en el penúltimo párrafo, hay una frase que desvela todas las mentiras que le he contado: es lo que va a acabar con nosotros en cuanto la lea.

La oficina de Correos me ha enviado la confirmación de entrega hace unos minutos, así que estoy frente a nuestro antiguo lugar de encuentro con gasolina y cerillas.

Ya casi es la hora.

Estoy dispuesto a prenderle fuego a nuestro mundo antes de que mis propias palabras me derrotan.

PARTE 1

EMPIEZAN LAS MENTIRAS...

POR AQUEL ENTONCES...

Pregunta:

Si fueras una buena persona y una amiga estuviera saliendo con un chico al que deseas desesperadamente y al que ella no estuviera dispuesta a renunciar, ¿cuál sería tu siguiente paso?

- A) Olvidarlo e intentar encontrar a otra persona.
- B) Luchar, porque ese hombre debería ser tuyo.
- C) Explicarle que ese chico es tu alma gemela y esperar que tu amiga lo entienda y lo deje marchar.

Respuesta:

Ninguna de las anteriores. Una buena persona jamás se encontraría en una situación así.

1

Yo

«Querida Carly Hills:

Fui yo quien te robó el bolso de Prada durante el viaje de fin de curso. Pero no me llevé nada: lo tiré al río Blackwater porque estaba harta de que me llamaras “Zorra con cara de Miércoles Addams”.

Lo siento.

Bueno, en realidad no, pero ojalá te lo hubiera dicho.

Scarlett».

A mi cita le huele el aliento a Doritos y no del sabor bueno, el ranche-ro, sino del rancio, tipo nachos con queso, que deberían haber dejado de producir hace décadas.

Está lloviendo, estamos en su coche y no dejo de preguntarme por qué lleva una camiseta con la leyenda «*LOS COLEGAS VAN ANTES QUE LAS CHICAS*». También me confunde que me mire con deseo cuando lo único que tenemos en común es el color de ojos.

—Eres muy madura para ir al instituto —dice pasándome los dedos por el pelo—. No esperaba que supieras nada de música clásica.

Sonrío.

—Toco el violín y el clarinete desde los cuatro años.

—Eso es impresionante. —Se acerca un poco más—. Entonces, ¿eso quiere decir que tienes unos dedos superhábiles?

—Supongo que sí.

—Nunca he tocado ningún instrumento, pero apuesto a que te impresionarían mis habilidades punteando tu cuerpo. —¿Por qué ha

pronunciado la palabra «cuerpo» como «cueeerrrpooo»?—. Espero que lo hayas pasado bien esta noche. —Me ha salvado de preguntárselo—. Estoy deseando conocerte mejor.

—Yo también. —Asiento, aunque no tengo la más mínima intención de responder a sus llamadas.

Tengo que abandonar de una vez por todas la idea de que los universitarios son «intelectuales y profundos». Es el quinto con el que salgo, y, aunque este no ha intentado lamerme el cuello ni ha tratado de impresionarme con una partida interminable de ping-pong cervicero, su conversación ha sido tan superficial y mundana como la de los demás. Y solo ha hablado de sí mismo.

—Debo irme, en serio. —Me echo hacia atrás—. Tengo clase por la mañana.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —Se desabrocha el cinturón de seguridad—. No quiero que te resbales con la lluvia.

—No. Tengo que entrar por la puerta de atrás para que mis padres no se despierten y se enteren de que me he saltado el toque de queda.

—Eso es lo bueno de las residencias. —Me da un beso en la frente con olor a rancio—. No hay padres, y a nadie le importa el toque de queda.

—Suenan genial.

—Lo es. —Mueve los dedos—. Te llamaré el viernes para mostrarte lo que puedo hacer con estos, ¿vale?

—Claro. —Me juro a mí misma que voy a bloquear su número en cuanto entre—. Estoy impaciente...

Salgo a la lluvia, me despido con un gesto de la mano y echo a andar por el camino de entrada de mi vecino; cuando sus faros desaparecen al doblar la esquina, salto la valla y llego al que es de verdad mi patio trasero. Los truenos resuenan a lo lejos cuando corro hacia la enorme casa del árbol y abro la bolsa de lona que he dejado ahí hace unas horas. Poseída por los nervios, me pongo unos pantalones de chándal por encima de las medias de red y escondo el top negro bajo una sudadera con capucha.

Tengo exactamente quince minutos antes de que mis padres se den cuenta de que el bulto con forma humana que hay en mi cama no es más que un montón de jerséis y sudaderas. Las luces de la cocina se encienden de repente, así que me deslizo detrás del tronco del árbol y, un instante después, veo cómo mi padre va a la nevera, saca una

cerveza como si fuera un zombi y se sienta a la isla; abre el portátil y pone los dedos sobre él, lo que me deja claro que va a estar ahí sentado un buen rato.

Mierda.

No hay manera de entrar por la puerta trasera sin que me descubra, y no puedo arriesgarme a que me vuelvan a pillar saliendo sin permiso: ya he pasado demasiado tiempo castigada este año.

Pienso rápido, cojo una piedra y la lanzo contra la ventana del salón. Fallo, así que cojo otra; y otra más. Hacen falta cinco intentos antes de que una dé contra el cristal, rebote e impacte contra un canalón.

Mi padre se levanta inmediatamente y mira a su alrededor.

Vamos. Vamos...

No hace ningún movimiento, así que cojo la piedra más grande que encuentro, la lanzo y en esa ocasión rompo el cristal. Mi padre coge un bate de béisbol y corre hacia el sonido.

¡Por fin!

Voy hacia la casa lo más rápido que puedo, empapándome con la lluvia. Se me engancha la tira de una de las sandalias en una herramienta de jardinería y caigo de bruces al suelo. Dejo escapar un grito de dolor e intento soltármela, pero se ha atascado, así que no me queda más remedio que abandonarla ahí.

Llego al enrejado de acero al que se aferra la hiedra en el lateral de la casa, me agarro a él, trepo hasta el segundo piso y abro la ventana. Utilizando el pie desnudo para mantener el equilibrio, paso el cuerpo por el hueco y caigo al suelo.

—Lo he conseguido. —Dejo escapar un suspiro de alivio—. Lo he conseguido, joder.

Las luces se encienden.

—Juraría que el toque de queda era a las diez, Scarlett —dice mi madre desde la cama—. ¿No hablamos de eso la última vez que te castigué? —Miro el reloj, tentada de decirle que son las nueve y cincuenta y ocho, pero me muerdo la lengua—. También recuerdo haberte dicho que tenías que pedir permiso para salir. —Se cruza de brazos—. La última vez que lo comprobé solo tenías diecisiete años... Y como está claro que no puedo fiarme de ti, noagas planes para los tres próximos fines de semana. Vendrás con tu hermana y conmigo a Nashville para comprar los vestidos de la graduación.

—¿Por qué no me ahogas en la piscina? —Me tumbo boca arriba—. Sería un castigo menos cruel.

—Qué graciosa, Scarlett.

Suelto un gemido y me levanto. La sola idea de acompañar a mi madre y a mi hermana durante más de una hora ya es suficiente castigo.

Me lanza una toalla seca y se levanta de la cama.

—¿Dónde estabas?

—En una cita —confieso.

—¿En serio? —sonríe—. ¿Y quién es él? O ella.

—Es un universitario, mamá.

—Claro que sí, cariño —resopla—. ¿Estabas con ese amigo tuyo tan rarito? ¿Kaizen?

—Se llama Kevin.

—Eso he dicho. Me gusta mucho, y me encanta que me adore.

Te odia.

—Sí, he salido con Kevin —confirmo, asombrada de que no me conozca en absoluto. Podría contarle punto por punto lo que he estado haciendo los últimos meses y no se creería ni una sola palabra.

A sus ojos, sigo siendo la chica tímida y torpe que prefiere encerrarse en cualquier sitio a tocar música en lugar de hacer nuevos amigos.

—Estaba revisando tu armario hace un rato, y me pregunto si te estás preparando para asistir a un montón de funerales de los que no me he enterado.

—No, mamá —respondo—. Es que me encanta vestir de negro y de gris.

—No me extraña que ningún chico del instituto quiera salir contigo —replica—. Deben de pensar que eres la Reina de la Muerte o algo así... Menos mal que todavía te maquillas poco...

—Gracias, mamá.

Por favor, vete y no me sueltes el discurso sobre lo preciosa que soy...

—Eres una chica preciosa, Scarlett. —Se acerca a mí—. Tienes cerebro y talento, pero me preocupa que acabes vieja, malhumorada y leyendo novelas románticas para excitarte en lugar de experimentar la vida real.

—No es por eso por lo que la gente lee novelas románticas.

—Claro que sí. —Me pone las manos sobre los hombros—. No pueden encontrar hombres en la vida real, así que tienen que recurrir

a fantasear con los de ficción. No quiero que seas así. Quiero que encuentres a un tío estupendo que te trate bien, te mantenga y haga que mojes las bragas sin necesidad de pasar las páginas.

—No quiero hablar de sexo contigo. Jamás.

—Podrías tener al chico que quisieras si fueras más como...

—Mi hermana —la interrumpo—. Sí, ya lo sé.

Asiente y me dedica una mirada cargada de comprensión.

—Lo de los tres próximos fines de semana iba en serio. Buenas noches, Scarlett.

—Buenas noches.

Sale al pasillo y cierra la puerta. Me acerco y espero en el silencio, pensando que tal vez, solo tal vez, haya cambiado sus viejas y problemáticas costumbres, pero escucho cómo navega a través de listas de canciones. Luego empieza a hablar con una voz aguda y cantarina.

—Acabo de pillar a una de mis hijas saltándose el toque de queda, así que me he sentado con ella para tener una conversación sincera. Debíamos hablar de su comportamiento, y, aunque he tenido que castigarla, me respetará mucho más como madre por no haberle dado carta blanca. Hablando de «dar carta blanca», cuando se trata de criar adolescentes...

Me pongo los auriculares y me cambio de ropa. Mi madre, antigua bloguera, sigue teniendo la costumbre de crear contenido con cualquier cosa, por mundana que sea. Su vida gira en torno a lo que le reportará más comentarios y *likes*, y aunque el mundo la conoce como la «Dulce Caroline sureña», una mujer a la que le encanta hacer tartas y que tiene un enfoque de la vida a lo Mary Poppins, maldice como un estibador portuario y es bastante guay. Ah, y lo único que le he visto hacer al horno son galletas precocinadas.

Gracias al dinero que ganó con su antiguo canal de YouTube, *Caroline y las gemelas*, nos cambiamos de apellido y nos mudamos de nuestro parque de caravanas de Ohio a una finca en el sur. Vivimos en una zona de lujo en las afueras, donde todos tienen al menos cuatro mil metros de terreno, y nuestro instituto está entre los cinco mejores del país.

Se supone que es un premio, pero a mí los últimos años me han parecido más un castigo.

Cuando abro la puerta, mi madre ya se ha ido, así que bajo a la cocina. Espero poder convencer a mi padre para que anule el castigo inusualmente cruel de ir de compras con ellas, pero ya no está sentado ahí.

Me sirvo un vaso de leche y me lo bebo de un trago. Mientras abro un paquete de Oreo, oigo una risa aguda que viene de fuera.

Ag, Tully...

Aunque nacimos con seis minutos de diferencia, mi hermana y yo no podemos ser más diferentes. Todos los años, por nuestro cumpleaños, reviso los certificados de nacimiento y llamo al hospital para comprobarlo.

Nos toleramos como dos desconocidas que comparten un largo vuelo transatlántico. Nos tratamos con cordialidad y hablamos de cosas superfluas, pero no compartimos nada importante. Sus sueños de ser una *influencer* de primera se han hecho realidad, y tiene diez millones de seguidores que se tragan la versión edulcorada de su vida, numerosos patrocinadores que ya le han pagado la universidad y, lo más importante, una madre que sabe exactamente cómo ayudarla a crear su «marca».

Aparto la persiana para mirar y veo que no está sola: está sentada junto a su novio, Easton Rush.

Suspiro al verlo con esa camiseta blanca que se ciñe a sus músculos, al contemplar su perfecta sonrisa de un blanco nacarado que me acelera el corazón.

Es la estrella del equipo de fútbol, el tipo más sexy que jamás haya vivido en este pueblucho. Con sus músculos nervudos, sus impresionantes ojos azul marino y una cara cortesía de alguien que quería mostrar lo que es la puta perfección, hasta las mujeres adultas le dedican una segunda mirada.

Apoyada en su hombro, Tully sostiene el teléfono móvil frente a sí.

—Acabamos de volver de Gayle's Diner. He comprado una tonelada de cosas que voy a hacerle probar esta noche —dice—. Como todo el mundo pone por las nubes los gofres y las cremas caseras, ¡estoy deseando ver qué le parecen!

Le pasa una mano por el pelo negro como la tinta antes de apagar el vídeo.

—¿Qué quieres primero? ¿Chocolate o vainilla?

—Chocolate.

—Vale, entonces, vainilla.

Sonríe y coge una pequeña lata plateada; Tully le da a probar una cucharada de la crema y lo filma catando sabor tras sabor; a mí me hierve la sangre con cada cucharada.

Cada vez que le pasa los dedos juguetonamente por el pelo pienso en que los míos lo harían mejor; cada vez que se ríe puedo oír la tensión y la falsedad, y no las carcajadas de verdad que suelta conmigo, y en los escasos momentos en los que le pone los dedos bajo la barbilla para ajustar el ángulo ante la cámara pienso en dónde han intentado ir esos dedos conmigo, en cómo se han deslizado sobre mi piel y me han hecho perder el control.

Detesto sentirme así, y sé que debería dejar de mirar y marcharme, pero no soy capaz.

Aborrezco salir con otros chicos, pero estoy buscando a alguien que me haga sentir aunque sea una décima parte de lo que Easton me provoca.

Doy un paso atrás, regreso a mi dormitorio y cierro la ventana, las persianas y las cortinas, me aovillo en la cama, me pongo los auriculares e ignoro la humedad que empapa la funda de mi almohada.

No sé cuánto tiempo paso ahí tumbada, pero al cabo de un rato oigo un sonido familiar en la ventana.

—¡Tap! ¡Tap! —Sé que es él, pero no me muevo—. ¡Tap! ¡Tap! ¡Tap!

Me quedo quieta. El móvil se pone a vibrar junto a mi cabeza, y él vuelve a lanzar piedritas contra la ventana, pero no puedo enfrentarme a la idea de verlo esta noche.

No puedo.

Además de aceptar que los universitarios no merecen mi tiempo, tengo que asumir que ninguno de ellos podrá recuperar mi corazón de manos del chico que lo posee desde hace más de un año.

2

Yo

«Querida Heather Adair:

Una vez te vi afeitándote la cabeza en el vestuario antes de ir a clase, pero no le di importancia hasta que te pillé haciéndolo otra vez. También descubrí que la clínica de Memphis que mencionabas incesantemente (cada vez que te perdías semanas de clase) no existe. No necesitabas fingir un cáncer para hacer amigos. Ya le caías bien a todo el mundo.

Ojalá te lo hubiera dicho.

Scarlett».

—Por favor, dime que hay mañanas en las que te levantas y piensas «Es imposible que esté emparentada con mi hermana gemela idéntica» —dice Kevin, mi mejor amigo, sentándose a mi lado en la cafetería.

—Lo pienso todas las mañanas. ¿Por qué lo dices?

—Porque al parecer hoy arranca su campaña para el baile de bienvenida, y es mucho peor que lo que hizo el año pasado.

—No puede haber nada peor que lo del año pasado, Kevin.

—Sacudo la cabeza al pensarlo—. Nada.

—¿Te apuestas un paquete de caramelos de cereza?

Levanto el paquete de mis caramelos favoritos, preguntándome si la apuesta merece la pena.

El año pasado mi hermana consiguió la ayuda de todas las animadoras, jugadores de baloncesto y futbolistas para llenar los pasillos

de nuestro instituto con globos rosas y blancos que decían «TULLY CRANE, PARA REINA».

Su post se hizo viral en una hora. Ganó la corona por unanimidad.

—Esta vez ha usado como tema la Cenicienta. —Kevin me quita los caramelos—. Y también está sobornando a la gente para que la vote.

—Se cree demasiado buena para pedirlo —mascullo—. Es insoportable.

—Hablando del diablo... —Sonríe—. Compruébalo tú misma.

Miro por encima del hombro y veo a Tully entrando en la cafetería con un deslumbrante vestido de baile rosa que deja al descubierto la parte superior de sus pechos copa C. Dos de sus amigas están a su lado vestidas como hadas madrinas y moviendo unas varitas de purpurina. Siempre ha sabido llamar la atención, y ahora mismo lo está demostrando: todo el mundo la mira como si fuera famosa, y a ella le encanta.

—¿Vas a votar por ella? —pregunto.

—No, voy a votar por Chelsea Hilton.

—¿La chica que se chivó de ti en primaria?

—Me hizo un favor. —Se encoge de hombros—. ¿Y tú?

—Yo nunca voto. Además, estoy segura de que va a ganar de todos modos.

—Ya, y yo también. Pero al menos voy a hacer que no sea por unanimidad.

Me río; Tully se dirige a nuestra mesa.

—¡Buenas tardes, sir Kevin y *lady* Scarlett! —Saca un puñado de purpurina de su bolso y lo echa sobre nosotros—. Ha llegado la temporada de bienvenida.

Las hadas madrinas nos tienden dos piruletas de color rosa brillante con su cara dibujada, pero ni Kevin ni yo hacemos ademán de cogerlas.

—¡Haz que el último año no sea aburrido votando por Tullies! —Sonríe—. ¡Un voto para mí sería maravilloso, y no pasará nada horrible! —La miramos fijamente—. Ag. Mira, vota por mí y ya, ¿vale? —Baja la voz—. ¿Por qué no me has respondido al mensaje?

—Tengo el teléfono en la taquilla —respondo—. No sabía que me hubieras enviado nada.

—Bueno, pues lo he hecho. Así que date prisa y ve a leerlo. Es importante.

—¿Y por qué no te limitas a decirme lo que es?

—Porque es personal, Scarlett. —Me coge la mano y me mira a los ojos—. Es una cuestión de vida o muerte, y necesito desesperadamente tu ayuda.

Al tocarla noto que se le acelera el pulso, y, por una fracción de segundo, me siento como si volviéramos a tener siete años y fuéramos cómplices dispuestas a hacer lo que fuera por la otra sin rechistar.

Como si volviéramos a ser amigas...

Me suelta y se aclara la garganta.

—Ya que eres la redactora jefa del anuario del último curso, espero que me elijas como la que es más probable que se convierta en supermodelo. Todo el mundo lo dice, así que sería lo más justo.

—Tully, ya te he dicho que esa categoría no existe.

—Bueno, pues haz que exista —resopla—. Si quieres que la gente pague por el anuario, tienes que asegurarte de que los que son como yo aparezcamos lo más posible. El resto no le importa a nadie. —Vaya. Esta vez ha acabado con el momento de unión entre hermanas más rápidamente que de costumbre—. Bien, vamos a ver al siguiente grupo de votantes. —Nos dedica a Kevin y a mí un saludo de princesa antes de marcharse. Sus secuaces la siguen para ir a sobornar a más plebeyos.

—Recuérdame cuántos días nos faltan para graduarnos —suspira Kevin.

—Doscientos sesenta y siete días y trescientos ochenta y cuatro mil cuatrocientos ochenta minutos —respondo—. ¿Quieres saber los segundos?

Después de la quinta clase, cojo el móvil de la taquilla y compruebo los mensajes.

Tully: *Cuando mamá y papá vayan a la boda de la tía Jane voy a dar una fiesta en casa. Como se te da bien la decoración y esas cosas, necesito que me ayudes a montarla para que sea increíble.*

Tully: *Ah, y como quiero que sea como nuestra fiesta de cumpleaños anticipada, supongo que también*

puedes invitar a tus amigos (pero que no sean muchos...).

Pongo los ojos en blanco.

Tenía que haber sabido que no era una cuestión de vida o muerte.

La taquilla de mi izquierda se cierra de golpe y me envuelve un familiar y embriagador aroma a madera de pino que me encanta. Es el aroma que se pega a mis sábanas, perdura durante semanas y me hace desear que nunca desaparezca.

Easton...

Evito mirarlo y rebusco en mi taquilla, fingiendo que intento encontrar algo. Siento su mirada clavada en mí, esperando a que reconozca su presencia, pero no lo hago.

—Hola, Scarlett —murmura. No digo nada. Hojeo el libro de química; cojo un bolígrafo y pulso el botón varias veces—. Sé que me estás oyendo... —Tarareo un estribillo de Chopin y pongo el estuche del violín detrás del clarinete. El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que él puede escucharlo—. Scarlett... —Desliza un brazo alrededor de mi cintura y me obliga a darme la vuelta.

Cuando me suelta, reprimo la tentación de poner las manos sobre su pecho, de besarlo en los labios y decirle lo mucho que lo eché de menos anoche.

Pero no puedo hacerlo...

—¿Puedo ayudarte en algo, Easton Rush?

—Creo que sí —responde—. Tengo un problema.

—¿Solo uno?

—Quería ver a cierta persona anoche. —Hizo una pausa—. Pero tenía la ventana cerrada.

—No me digas...

—Sí. —Entrecierra los ojos—. Te digo.

—He debido de olvidarme de dejarla abierta.

—También me ignoraste las diez veces que te llamé.

—Debiste captar la indirecta después de la quinta.

—¿Por qué me haces esto todas las semanas? —Me mira los labios—. ¿Te excita discutir conmigo cada dos días?

—Aunque así fuera, y no estoy diciendo que así sea, no habría nada que pudieras hacer al respecto.

Enarca una ceja.

—Iré esta noche sobre las siete. Deja la ventana abierta.

—No voy a estar. —Me cruzo de brazos—. Tengo una cita.

—¿Con quién?

—Con un chico con el que sí pueden verme en público —respondo—. Está en la universidad, así que es mucho más maduro que tú, y sabe un montón sobre música clásica y esas mierdas.

—Yo también, Scarlett.

—No tanto como él. Está a otro nivel.

—¿Toca el piano?

—Pues sí. Y mejor de lo que lo harás tú jamás.

Una lenta sonrisa se dibuja en sus labios, como si no se hubiera creído una palabra de lo que le he dicho. Acerca la cabeza hasta que casi me roza la frente y me quedo sin aliento.

—¿Por qué pierdes el tiempo saliendo con tipos que no son yo?
—Pasa un dedo por debajo de mi collar y levanta el amuleto en forma de pétalo que me regaló el mes pasado—. Tampoco es que vayas a acostarte con ellos...

—Tampoco me acuesto contigo.

—Porque aún no has entrado en razón.

—Entonces, dime: ¿vas a pedirle a mi hermana que se una a nosotros?

—No he follado con tu hermana. —Se muestra ofendido—. Y lo sabes.

—¿Lo sé?

Silencio.

—No la quiero —dice.

—Lo sé —replico—. Solo sales con ella.

—Este no es el lugar para discutir eso. —Parece como si estuviera a punto de besarme para acallar de una vez por todas los fuertes latidos de mi pecho, pero no puede.

Ni ahora ni nunca. Se juega demasiado.

—¡Easton! —lo llama uno de sus compañeros de equipo—. ¡Vamos, tío! ¡Se nos hace tarde!

Da un paso atrás, mirándome por última vez.

—Deja la ventana abierta esta noche.

—¿Y si no lo hago?

—No me pongas a prueba...

3

Yo

«Querido Aidan Mills:

Copié todos tus trabajos de la clase de Historia, y lo lamento mucho... No sé por qué el señor Meyers me puso notas más altas que a ti.

Ojalá te lo hubiera dicho.

Scarlett».

Lo peor de los ensayos de la banda es vernos obligados a llevar el uniforme de algodón bajo el sofocante calor sureño. Debe de ser porque están abiertos al público, y, como en nuestro diminuto pueblo no hay nada que hacer, la gente se deja caer por ahí para vernos y gritarnos desde las gradas.

Y si oigo a alguien gritar «¿¿Qué hace Tully Crane con la banda?!» una vez más, voy a ponerme a chillar...

—¡Atención! —El primer tambor silba—. ¡Alto! —Dejo de marchar al unísono con todos los demás. Entonces vuelve a sonar el silbato para indicarnos que miremos hacia delante—. ¡Trompetas, habéis entrado tarde durante el himno del equipo, pero las tubas os han salvado el culo! —Gritan desde una escalera—. Viento y madera, perfectos como siempre. —Me fuerzo a sonreír, aunque tampoco van a darnos un premio por hacerlo bien—. Tenemos que estar sincronizados al cien por cien para nuestro primer viernes noche. Es el partido inaugural de la temporada y los medios de comunicación estarán controlando el equipo como halcones, así que tenemos que

dar lo mejor de nosotros mismos.

—¡La flautista lleva los cordones desatados! —grita alguien desde las gradas—. ¡Y ha perdido el paso cuando tocabais *Sweet Caroline!*

Me muerdo la lengua y miro hacia los lados.

Uno de mis compañeros más guapos, Edward Johns, abraza a su novia de toda la vida. La besa en la mejilla y le susurra algo que hace que se sonroje.

Todo el mundo sabe que están juntos, y nadie va a meterse en el medio. Los dos forman una unidad inquebrantable, como Easton y Tully: donde está uno el otro va detrás; si ves a uno, el otro está a unos metros.

Lo que daría por que Easton y yo pudiéramos hacer algo así en público... Si sumara todo el tiempo que hemos pasado en privado, lo que tiene con Tully, eso que tiene obsesionados a sus millones de seguidores en redes, palidecería en comparación.

—¡Atención! —Suenan el silbato del primer tambor y me obliga a apartar la vista de lo que deseo con tanta desesperación.

Mientras avanzo para ponerme en formación, decido que hoy no me apetece conformarme con unos instantes chapuceros robados al tiempo, y que no me preocupa lo más mínimo la amenaza de Easton.

Voy a pasar la noche en casa de Kevin, y Easton va a tener que lidiar con ello.

4

ESA NOCHE...

EASTON

Scarlett no ha dejado encendida la lamparita en forma de media luna de su dormitorio. Es la señal silenciosa que me hace saber que está en casa y que soy bienvenido a entrar en el lugar que se ha convertido en mi refugio desde hace un año y medio, en el que puedo olvidarme de lo mal que va mi vida, de la oscuridad que me rodea y que nadie más puede ver.

Quizá esté durmiendo.

Atravieso el patio trasero, trepo por el enrejado de hiedra que lleva a su ventana y doy unos golpecitos en el cristal.

No responde, así que vuelvo a tocar en el cristal un poco más fuerte. Nada.

Miro al interior y la veo acurrucada bajo mi manta gris, así que le mando un mensaje.

Yo: Hola. Estoy aquí. Abre la ventana. Sabes que no duermo bien sin ti.

El bulto de la cama no se mueve, así que la llamo.

—Hola —contesta al primer timbrazo.

—Estoy aquí. Abre la ventana.

—Vale, espera. —Hace una pausa—. Ya está. ¿Algo más?

—No me toques los cojones, Scarlett. —Pongo los ojos en blanco—. Sal de la cama y abre la ventana.

—Ahora mismo estoy mirando por la ventana, Easton.

—Me refiero a la ventana de tu habitación.

—Ah —dice, y suena como si estuviera sonriendo—. Esa ventana... Bueno, pues no va a poder ser, a menos que sepas explicarme cómo alterar el espacio-tiempo.

—No me hagas pedírtelo otra vez.

—Estoy en casa de Kevin —responde—. Estamos trabajando en un proyecto de grupo.

—Que yo sepa, no vais juntos a ninguna clase.

—Es un dúo para la banda.

—Toca el trombón —replico—. No va a hacer un dúo con un clarinete.

—No tienes ni idea de música. —Está poniendo a prueba mi paciencia—. Tengo que dejarte. Buenas noches.

Cuelga antes de que pueda decir palabra y vuelvo a llamarla, pero no contesta.

Me agarro al borde de la ventana e intento levantarla con la esperanza de que se la haya dejado abierta, pero no se mueve.

Estoy tentado de romper el puñetero cristal, pero un fuerte crujido más abajo me arranca del curso de mis pensamientos.

—¿Easton? ¿Eres tú? —pregunta Tully. *Mierda*. Me doy la vuelta y la miro fijamente. Es la primera vez que me pillan—. ¡Mi habitación está al otro lado, genio! —Sonríe—. Has debido de llevarte un buen golpe en la cabeza en el entrenamiento de hoy. Vamos, baja antes de que Scarlett se despierte y use su espray de pimienta.

—Vale. —Bajo y, de inmediato, me estrecha entre sus brazos—. No tienes que ponerte en plan *Romeo y Julieta* para convencerme de que nos acostemos por fin, Easton.

—¿Perdona?

—Sé que intentas ser un caballero y todo eso, pero ¿no crees que ya hemos esperado bastante? —Se pone de puntillas y me pasa los dedos por el pelo—. De todos modos, todos piensan que lo hemos hecho, así que no entiendo por qué te dedicas a retrasar lo inevitable. Jamás había tardado tanto en irme a la cama con un tío...

Parpadeo.

Para todos los demás chicos del instituto Tully es la personificación de la frase «sexy de cojones». Siempre lleva el pelo castaño oscuro recogido en un moño alto perfecto, hay un toque de misterio en

sus profundos ojos verdes y sabe muy bien cómo despertar las fantasías de todos los tíos con su colección de faldas y vestidos ajustados.

Cuando empezamos a salir el verano anterior a nuestro penúltimo año no me sorprendió lo más mínimo descubrir que no teníamos en común nada más que la popularidad, pero supuse que aun así podíamos divertirnos juntos.

Creamos una cuenta conjunta en TikTok y empezamos a publicar cosas aleatorias del tipo «Cuando tu novio juega al fútbol y tú eres animadora», y una noche nos hicimos virales.

Luego volvimos a ser virales. Y otra vez, y otra.

Antes de que nos diéramos cuenta, la cuenta conjunta tenía tres millones de seguidores y patrocinadores haciendo cola para darnos un dinero fácil que yo necesitaba desesperadamente.

Me gustaba pasar el tiempo con ella, pero entonces tuve que hacer un trabajo de Lengua con su hermana. A los dos segundos ya me había soltado: «*Espero que no pienses que me importa una mierda que seas Don Popular, porque a mí me pareces tan mediocre como los demás*». Y me cayó bien.

—Tengo mis razones —le digo finalmente a Tully.

—¿Y no vas a compartirlas conmigo?

—Es complicado...

—Claro. —Sonríe y me da un beso en la mejilla—. Estoy haciendo chocolate caliente con el brandy de mi madre para que me ayude a dormir. ¿Te apetece?

—Claro —acepto—. Pero ponle el doble de brandy al mío...

5

Yo

«Querida Harriet Rayner:

No sabes cuánto he deseado que fuéramos amigas, ya que compartíamos el amor por lo gótico y el gore. Me encantó que me invitaras a tu exclusiva cena de Halloween, pero hay una razón por la que no fui: descubrí que eras @MissGreyHighAnonymous, la que difundía rumores en las redes sociales sobre todos los del instituto. Le hiciste daño a un montón de gente, incluida yo.

Ojalá te lo hubiera dicho.

Scarlett».

—¿De verdad tienes que ensayar otra vez ese concierto? —Kevin, que está conmigo en el salón, se cruza de brazos.

—Sí, si quiero que me salga perfecto en el recital.

—Ya, pero ¿tienes que ponerte a ensayar ahora? —Se ríe y me quita con suavidad el arco del violín de los dedos—. Hace semanas que tu ejecución es perfecta, en serio.

—Hablas como si estuvieras a punto de echarme.

—No. —Deja el arco sobre la chimenea—. Pero prefiero comer pizza y ver la serie en lugar de seguir escuchando tu música, no te ofendas.

—No pasa nada. —Coloco el violín en el estuche y abro un refresco—. Por cierto, no tienes que fingir que no has visto el último episodio.

—¡Bien! —Sonríe—. Pero volveré a verlo contigo. —Suena el timbre y coge el mando—. Te toca pagar la pizza. Yo pagué las dos últimas veces.

—Vale. —Cojo unos billetes del bolso y me voy a la puerta. Pero quien está tras ella no es el pizzero, sino Easton.

Pero qué...

—Hola, Scarlett. —Me coge de la mano y me hace salir—. ¿Te pillo en un buen momento?

—¿Buen momento para qué?

—Para que tengamos una conversación. Está claro que pretendías ponerme a prueba al no estar en casa, así que he venido a hablar.

Doy un paso atrás, algo aturdida por la oscuridad de sus ojos. No es la primera vez que discutimos, pero jamás lo había visto así.

—¡Asegúrate de que nos haya traído el extra de parmesano! —grita Kevin—. ¡Y los pimientos rojos triturados!

—Entonces, ¿es buen momento? —insiste Easton.

—La verdad es que no. —Le hago un gesto para que baje la voz—. Ya hablaremos más tarde.

—No, vamos a hablar ahora. —Me coge de la mano de nuevo, y me lleva a rastras hacia el otro lado del porche.

—Easton, lo juro por Dios, yo... —Mi frase muere en sus labios, y mi espalda choca con los ladrillos recalentados por el sol. Me agarra de las caderas y desliza la lengua contra la mía, retándome a rechazarlo, haciéndome perder el aliento; me muerde el labio inferior.

—Sé que intentabas poner los puntos sobre las íes —susurra contra mi boca—, así que felicidades. Lo has conseguido.

—Esto no ha tenido nada que ver contigo.

—Vale. —Me besa de nuevo, con más ansia, y me arrepiento de no haberle dejado entrar en mi dormitorio esta noche—. Sabes lo importante que es lo de mañana para mí. —No respondo—. Y, a pesar de lo enfadada que estés, sé que jamás me harías una mierda así a propósito en un día como ese, ¿verdad?

Sigo sin responder porque es cierto, porque incluso en nuestros peores momentos él siempre ha estado a mi lado cuando lo he necesitado.

De repente, un coche rojo se acerca a la entrada y de él sale el repartidor, que se acerca a nosotros con una bolsa para pizzas.

—Dos pizzas extragrandes de *pepperoni*, palitos de pan y una Coca-Cola grande, ¿verdad? —dice al llegar frente a nosotros.

—Sí. —Me aparto por fin de Easton—. Y un paquete de parmesano y otro de pimiento rojo triturado.

—Entendido. Son cuarenta y dos dólares y cincuenta y dos centavos.

Le tiendo el dinero, pero Easton me aparta la mano.

—Ya pago yo —dice—. Quédate con el cambio.

El repartidor sonrío y luego ladea la cabeza.

—¿Eres Easton Rush?

—Sí.

—Tío, mi padre no deja de hablar de ti. —Me tiende las cajas—. Y mi hermana pequeña está obsesionada con tu cuenta de TikTok, Tully. Porque eres Tully, ¿no?

—Sí. —Esbozo una sonrisa fingida—. Gracias.

—¡Buena suerte esta temporada, tío! —Se aleja sin añadir nada más, y Easton espera a que se vaya para darme un beso en la frente.

—No vuelvas a hacerme algo así.

—No lo haré.

—Bien.

Parece a punto de añadir algo, pero la voz de Kevin lo interrumpe.

—Scarlett, ¿te has muerto o algo? —me llama—. ¿Scarlett?

—Tengo que irme —digo—. Yo...

—Te veré mañana —dice Easton, y me da un último beso en los labios antes de marcharse.